

MARÍA DE BETANIA: SUFRIMIENTO, VULNERABILIDAD Y FE EN LOS GRUPOS JOÁNICOS Y EN EL MUNDO DE HOY

Estela Aldave Medrano

Sumario: El NT, también el cuarto evangelio, menciona experiencias de dificultad y sufrimiento, algunas de ellas inevitables, otras fruto de la injusticia. La obra atestigua la experiencia de soledad y abandono de los discípulos tras la Pascua y la crisis ocasionada por la muerte de los creyentes. Esta última vivencia está consignada en 11,1-12,11, una sección en la que el evangelio presenta un doble hilo narrativo: la muerte y resucitación de Lázaro y la muerte y resurrección de Jesús. En el relato se fusionan datos de la tradición evangélica y las habilidades literarias Juan, quien ha creado una escena emotiva con numerosos elementos de duelo para sostener la esperanza de los que creen en Jesús.

Summary: The NT, the Fourth Gospel too, mentions many difficulties and sufferings; some are unavoidable, others are the result of injustice. The book testifies the loneliness and abandonment of the disciples after Easter; also the crisis caused by the death of the believers. This experience appears in 11:1-12:11, a section where the gospel presents a double plot: Lazarus' death and resuscitation, and Jesus' death and resurrection. The narrative joins some traditional data and John's literary skills, who created an emotional narrative with mourning elements to hold the hope of believers.

Palabras clave: Betania, Lázaro, muerte, unción, evangelio de Juan

Key words: Bethany, Lazarus, death, anointing, gospel of John

Fecha de recepción: 10 de marzo de 2022

Fecha de aceptación y versión final: 31 de mayo de 2022

1. Experiencias de adversidad en Jesús y el cristianismo naciente

En los textos del cristianismo naciente que forman parte del Nuevo Testamento aparece con mucha frecuencia el tema del sufrimiento bajo diversas manifestaciones y con distintas caras: hay sufrimientos inevitables, hay sufrimientos injustos, hay también sufrimientos que son consecuencia de la fidelidad al mensaje de Jesús. En la vida de los primeros cristianos, el sufrimiento irrumpe en ocasiones como parte de existencia humana y sus dificultades y limitaciones (Mt 6,25; Lc 7,12); en otras lo hace por la manera en la que han elegido vivir, que suscita oposición a su alrededor (Mt 5,11; Mc 13,9). Sea de un modo u otro, es un tema recurrente en los textos; como lo es, por otro lado, la voluntad de encarar las experiencias de dificultad y subrayar todo aquello que anima, fortalece y ofrece un sentido y horizonte de esperanza (Mt 5,12; Flp 1,12-14).

Por tanto, esta cuestión del “padecer” en sus múltiples facetas, forma parte de la entraña del cristianismo desde sus inicios. La comprensión de Jesús del Reino de Dios, ámbito o realidad de vida plena, inspiró una forma de vivir empeñada en erradicar tanto el sufrimiento inevitable como el injusto. Así lo vemos en múltiples pasajes evangélicos, como la escena programática de la sinagoga de Nazaret consignada por Lucas, donde Jesús toma el rollo de Isaías y hace suya la misión del profeta de anunciar a los pobres la Buena Nueva, proclamar la liberación a los cautivos, devolver la vista a los ciegos y liberar a los oprimidos (Lc 4,16-21). Lo mismo podemos decir de todos los episodios de curación y expulsión de demonios tan presentes en la tradición evangélica (Mc 1,21-34; 5,1-43). Tras la Pascua, la cuestión del sufrimiento fue asimismo central en los grupos que dieron continuidad al movimiento de Jesús. Este proceso es fácilmente explicable, dado que la identidad, la fe y la manera de comprender la realidad de dichos grupos tenían sus raíces, por un lado, en el ministerio de Jesús y su acción sanadora y, por otro, en los acontecimientos pascales: la muerte injusta y prematura de Jesús en la cruz y la experiencia de que Dios lo había devuelto a la vida. Algunos textos atestiguan las dificultades de los discípulos para encarar la ausencia del Maestro: son pasajes que denotan sentimientos de desolación, orfandad y desamparo (Mc 16,10; Lc 24,21; Jn 14,18.27; 16,20.22).

En la obra *Resucitar* su autor, Christian Bobin cuenta la siguiente historia.

El día del entierro de su madre, a C. le picó una abeja. Había mucha gente en el patio de la casa familiar. Vi a C. en el infinito de sus cuatro años sorprenderse, antes que nada, del dolor de la picadura; después, justo antes de empezar a llorar, buscar ávidamente con la mirada, entre todos los que se encontraban allí, a la que siempre la había consolado; e interrumpir bruscamente aquella búsqueda al comprender de pronto la ausencia y la muerte. Esta escena, que solo duró unos instantes, es la más angustiada que he visto nunca. Hay una hora, para cada uno de nosotros, en la que el conocimiento inconsolable entra en nuestra alma y la desgarrar. Haya llegado o no esa hora, todos nosotros deberíamos, dentro de lo posible, hablar, amarnos e incluso reírnos iluminados por su luz¹.

Bobin habla de luz en la hora oscura. Quizá podamos interpretar sus palabras de este modo: el conocimiento de que existe una hora oscura nos proporciona una luz, el regalo de una luz, que tiene que ver con nuestros diálogos y encuentros, con nuestra experiencia de amar y sentirnos amados, con nuestras risas compartidas. Ser conscientes de que la oscuridad un día irrumpirá en nuestras vidas nos puede hacer dar más valor al amor, a las relaciones y al regalo del otro. Como veremos, y sin obviar la distancia y diferencias, en el cuarto evangelio encontramos algo similar: la paradoja de que algo que consideraríamos indeseable se convierte en un gran valor. En lo que sigue descubriremos que en algunas escenas joánicas se nos presentan las experiencias de vulnerabilidad y fragilidad humana y las situaciones de duelo como ocasión de encuentro con el Resucitado. De algunos de sus textos, así, podemos deducir que aquellas situaciones en

¹ C. BOBIN, *Resucitar*, Ediciones Encuentro, Madrid 2017, 30.

las que somos y nos sentimos frágiles y vulnerables son especialmente adecuadas para descubrir que la muerte se ha transformado en vida.

Las páginas que siguen están dedicadas a la figura de María de Betania, tal y como aparece caracterizada en Juan, un personaje que expresa esta paradoja que acabamos de mencionar. Nuestro itinerario va a ser el siguiente. En primer lugar, presentaremos los textos del evangelio de Lucas y de Juan en los que se nombra a María de Betania y los compararemos entre sí, ya que parece que esta figura posiblemente histórica fue recordada después de modos diversos, uno de ellos relacionado con la muerte y el duelo. A continuación, nos detendremos en las experiencias humanas de la vulnerabilidad, el sufrimiento y la muerte, al estar muy relacionadas con los textos evangélicos que abordamos en estas páginas. Los tres puntos siguientes estarán dedicados al análisis de los textos del cuarto evangelio en los que aparece María de Betania, pasajes que pueden arrojar luz sobre la difícil pregunta de cómo integrar con esperanza las situaciones difíciles y la pérdida de seres queridos. Finalmente, terminaremos nuestra reflexión con unas breves conclusiones; en ellas, extraeremos algunas consecuencias para el hoy que se derivan de lo dicho sobre los textos.

2. El personaje de María de Betania

Aunque estrictamente hablando, sólo el cuarto evangelio habla de una mujer llamada María procedente de Betania, este mismo personaje hace también aparición en el evangelio de Lucas (Lc 10,38-42), aunque con algunas diferencias respecto a la presentación que de ella hace Juan. La mujer del relato de Lucas no procede de Betania; de hecho, la localización geográfica de la escena no se explicita en el relato. Sabemos que Jesús se encuentra al comienzo de su viaje hacia Jerusalén, que arranca en Lc 9,51, de modo que resulta improbable pensar en Betania, localidad ubicada muy cerca de la Ciudad Santa. Hay, sin embargo, conexiones claras entre el personaje de Lucas y el de Juan. En ambos evangelios la mujer está situada a los pies de Jesús; Lucas resalta que es ahí donde ella escucha la palabra del Maestro (Lc 10,39) mientras que en el relato joánico cae a los pies de Jesús una vez le ve, mientras llora por la muerte de su hermano Lázaro (Jn 11,32); más adelante ungirá los pies de Jesús con perfume y los secará después con su propio cabello (Jn 12,3). María es, además, en los dos evangelios, hermana de Marta, mujer a quien se le atribuye tanto en Lucas como en Juan una acción de servicio o *diakonia* (Lc 10,40; Jn 12,2).

Los datos apuntan a que hubo una tradición antigua, preevangélica, sobre una tal María que era hermana de Marta, figura que fue incorporada después al tercer y cuarto evangelios de maneras diversas². Aunque no es éste el lugar para detenernos en la prehistoria y formación de estos relatos, es importante al menos tener presente que hubo una historia sobre esta mujer que se transmitió desde tiempos antiguos y que fue adoptando distintas formas. Esto nos va a permitir comprender mejor algunos elemen-

² Entre los muchos estudios que se ocupan del tema, ver, por ejemplo, P.F. ESLER y R.A. PIPER, *Lazarus, Mary and Martha: Social-Scientific Approaches to the Gospel of John*, Fortress Press, Minneapolis 2006. Para la cuestión del uso de Lucas y Juan de una tradición común que después incorporan a sus respectivas obras, ver especialmente las páginas 45-60.

tos de la narración y su alcance, así como poder asomarnos a las circunstancias comunitarias que rodearon la puesta por escrito de los textos y al sentido original que tuvieron.

En el cuarto evangelio se percibe con notable frecuencia una gran libertad a la hora de construir literariamente a los personajes. Descubrimos fácilmente este fenómeno si comparamos los rasgos que presentan en Juan personajes como María Magdalena, Judas y Pedro, y los comparamos con los de los evangelios sinópticos³. Lo mismo ocurre con Marta y María de Betania. Es muy llamativo que en Juan sea esta última quien protagoniza la unción de Jesús, un episodio que se narra en los cuatro evangelios, aunque de formas muy diversas⁴. En este caso, María unge los pies de Jesús con perfume anticipando la unción funeraria.

El cuarto evangelio no pretendió en primer término narrar de manera precisa desde el punto de vista histórico quién fue Jesús de Nazaret, qué hizo y qué enseñó. Su propósito fue más bien presentar varias décadas después de la Pascua, tras una profunda experiencia creyente y un relativamente largo proceso de reflexión, cuál era la identidad de Jesús como Hijo de Dios y qué consecuencias tenía dicha identidad para quienes creyeran en él. Así, los distintos personajes que aparecen a lo largo de la trama del evangelio contribuyen (con sus preguntas, con sus incomprensiones, con sus malentendidos) a que distintas facetas de la identidad de Jesús vayan revelándose al lector. Asimismo, estas figuras personifican experiencias frecuentes entre los grupos de seguidores de Jesús (en este sentido, podemos considerarlos prototipos) así como el ideal al que tender (éste sería el caso de aquellos, como Marta y María de Betania, que pese a las dificultades tienen una actitud abierta y positiva frente a Jesús) o las actitudes negativas a evitar (en el cuarto evangelio, éstos están representados por el “personaje colectivo” de los judíos). En todo caso, el evangelio de Juan persiguió originalmente ocasionar un impacto en su audiencia y vehicular una experiencia. Con el relato que nos ocupa en estas páginas, que da cuenta de la muerte de Lázaro, su vuelta a la vida y el duelo de sus hermanas, podemos suponer razonablemente que se buscó que quien lo escuchara descubriera y experimentara que la muerte no tiene la última palabra; con otras palabras, es una narración construida para canalizar experiencias de duelo.

En efecto, estamos ante una escena evangélica viva y compleja, con ricos detalles, pero un tanto atípica. Si la comparamos con otros relatos evangélicos de resurrecciones de muertos (la hija de Jairo en Mc 5,21-24.35-43 y el hijo de la viuda de Naín en Lc 7,11-17) observamos que el pasaje del cuarto evangelio es notablemente más largo y que presenta rasgos muy particulares: entre otros, Jesús aparece en escena muy tarde, cuando Lázaro ya está irreversiblemente muerto, se describe de manera notable a los familiares afectados por la muerte, y se dan a conocer al lector, como veremos más adelante, las emociones, los miedos y las quejas, así como también la confianza y la esperanza, de quienes han perdido un ser querido.

³ Para la caracterización en el cuarto evangelio, ver R.A. CULPEPPER, *Anatomy of the Fourth Gospel. A Study in Literary Design*, Fortress Press, Philadelphia 1983, 105-106; C. SKINNER, “Characterization”, en ESTES AND SHERIDAN (ed.), *How John Works: Storytelling in the Fourth Gospel*, SBL Press, Atlanta 2016, 115-132.

⁴ Mc 14,3-9; Mt 26,6-13 (Mateo sigue muy de cerca la versión de Marcos); Lc 7,36-50; Jn 12,1-8.

3. El sufrimiento, la muerte y la vulnerabilidad, de ayer y de hoy

Un rasgo que sobresale en la escena protagonizada por Marta y María de Betania es la descripción de los sentimientos de abandono y de desolación que surgen a partir de la experiencia de la enfermedad primero y de la muerte después. Aunque nos ocuparemos después del texto con detenimiento, adelantamos aquí algunos de sus elementos. Al comienzo de la narración se da cuenta de la preocupación de las hermanas a causa de la enfermedad de Lázaro (11,3). Dicha preocupación hace que manden avisar a Jesús, sobreentendiéndose el deseo de que éste actúe mediante una curación. Esto lo puede fácilmente intuir el lector, dada la actividad curativa de Jesús hasta este momento según la narración evangélica (ha sanado al paralítico de Jerusalén en 5,1-9 y al ciego de nacimiento en 9,1-7). De ahí la sorpresa al comprobar que Jesús, aun sabiendo la gravedad de la situación, decida no acudir a Betania inmediatamente (11,6).

La muerte es parte de la vida y conviene aprender a convivir con ella, aunque en rasgos generales nuestras sociedades occidentales, posiblemente por miedo, la han convertido en un tema tabú, alejándola de la vida cotidiana y del ámbito familiar y doméstico, a diferencia de lo que ocurría en el mundo antiguo⁵. En estos últimos años, sin embargo, las circunstancias sociales, políticas y climáticas nos colocan ante una verdad que muchas veces quizá nos negamos a admitir y aceptar: el ser humano es muy frágil y vulnerable, hay factores que pueden amenazar su existencia, tanto en el plano individual como colectivo. La vulnerabilidad acompaña irremediablemente nuestra condición humana.

Como hemos adelantado más arriba, en el cuarto evangelio se adivinan numerosas experiencias de dificultad. A través de la obra, y si se utilizan los medios exegéticos adecuados, es posible asomarse a la vida de los grupos para los que se escribió⁶. Con otras palabras, los textos nos permiten reconstruir los escenarios y las situaciones vividas por las audiencias originales que, a su vez, los han configurado. Las narraciones bíblicas, entre ellos los evangelios, son fruto de un contexto y también respuesta a unas situaciones particulares que hicieron que adquirieran la forma que ha llegado hasta nosotros. Este aspecto nos interesa de manera especial porque nos permite reconstruir los sentidos originales de los pasajes, nos ayuda a evitar el peligro de proyectar en ellos nuestras propias ideas y conecta a los lectores de hoy con las vivencias de los miembros de las comunidades del cristianismo naciente.

El evangelio de Juan describe situaciones objetivas, pero también menciona emociones, es decir, la repercusión subjetiva de dichas situaciones. Como decíamos más arriba, son varios los textos que hablan de vulnerabilidad, de sentimientos de abandono, de experiencia de ausencia y de anhelo de presencia. A lo largo de sus páginas Jesús es presentado la mayor parte de las veces como alguien que es dueño de los acontecimientos (así, entre otros, en la escena del prendimiento en Jn 18,1-11, pasaje que evoca algunos elementos del discurso del Buen Pastor en 10,17-18: Jesús entrega libremente

⁵ C.C. MOORE, "The Universal Fear of Death and the Cultural Response", en BRYANT (ed.), *Handbook of Death and Dying I*, Sage Publications, Thousand Oaks – London – New Delhi 2003 3-13.

⁶ Para el estado de la cuestión sobre la existencia de la "comunidad joánica" y la posibilidad de reconstruir sus características y situación vital, ver W.V. CIRAFESI, "The Johannine Community Hypothesis (1968-Present): Past and Present Approaches and a New Way Forward": *CBR* 12.2 (2014) 173-193.

su propia vida, nadie se la quita) así como de sus emociones (un ejemplo claro es la serenidad que manifiesta en el momento de la crucifixión; ver Jn 19,25-30). Sin embargo, también se quiebra en algunos momentos, llegando incluso a las lágrimas; en este sentido, la escena que nos ocupa (11,33-38) es prototípica. Con todo, el evangelio no se limita a consignar las emociones de pena sino que hace una propuesta y ofrece un horizonte de sentido. Los textos invitan y exhortan a la audiencia (esto es, desde los creyentes pertenecientes a la generación posterior a la de Jesús de Nazaret hasta nosotros hoy) para que caminen hacia adelante, en una determinada dirección.

De manera general, podemos decir que la muerte nos pone en crisis, más aún cuando la sufren personas cercanas⁷. La muerte nos puede hacer dudar de cosas muy básicas como la noción de quiénes somos, de lo que da sentido a nuestra vida, de la razón de vivir de un determinado modo y hacer determinadas cosas; es decir, cuestiona nuestras rutinas, muchos de los aspectos de la existencia que ordinariamente consideramos “normales” y damos por hecho. Las ciencias humanas señalan que la muerte es uno de los ámbitos de la existencia que más puede hacer tambalear esa confianza básica de que la vida tiene sentido y un propósito. De ahí que, paralelamente, la muerte sea ocasión de retomar, afirmar y afianzar valores importantes compartidos, ya que la situación lo requiere.

Si miramos el fenómeno desde otro ángulo, descubrimos que lo que un grupo o sociedad afirma, realiza y resalta de alguien en el momento de su muerte, da información muy valiosa sobre la identidad de dicho grupo y sus valores⁸. Esto ocurría en el tiempo de Jesús y en el que fue escrito el cuarto evangelio, pero también sigue ocurriendo hoy, de modo que estamos ante un fenómeno transcultural. A esta experiencia sale al paso el texto que nos ocupa, protagonizado por María de Betania. En él encontramos indirectamente preguntas en relación con el destino de los muertos pero también en relación con la existencia de los vivos. Con otras palabras, en Jn 11,1-12,11 se afrontan las cuestiones de qué ocurre cuando muere un seguidor de Jesús y cómo tienen que afrontar el presente y el futuro los que creen en Jesús de Nazaret crucificado y resucitado; es decir, los que están afectados por la muerte de alguien cercano y siguen con vida.

El relato joánico que nos ocupa constituye una sección muy larga (11,1-12,11)⁹ y la brevedad de estas páginas nos obliga a seleccionar algunos de los temas que ahí aparecen. En primer lugar, la narración describe la enfermedad y muerte de Lázaro, la situación en la que quedan sus hermanas Marta y María, y el encuentro que tiene cada una de ellas con Jesús cuando éste abandona el lugar en el que está y acude a Betania; finalmente, se produce la salida del muerto del sepulcro (11,1-44). A continuación hay una sección, que no se abordará aquí, en la que Jesús es condenado a muerte por el con-

⁷ P.L. BERGER y T. LUCKMANN, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu editores, Buenos Aires - Madrid 1972, 129-132; P.L. BERGER, *Para una teoría sociológica de la religión*, Kairós, Barcelona 1971, 40-41.

⁸ M.C. KEARL, *Endings. A Sociology of Death and Dying*, Oxford University Press, New York 1989, 7; 26; 122; K.J. DOKA, “Death System”, en Kastenbaum (ed.), *Macmillan Encyclopedia of Death and Dying*, Macmillan Reference USA, New York, 222-223.

⁹ Para la justificación de esta unidad narrativa, ver D.A. LEE, *The Symbolic Narratives of the Fourth Gospel. The Interplay of Form and Meaning*, Sheffield Academic Press, Sheffield 1994, 188; F.J. MOLONEY, “Can Everyone be Wrong? A Reading of John 11,1-12,8”: *NTS* 49 (2003) 505-527; J.-A.A. BRANT, *John*, Baker Academic, Michigan 2011, 170.

sejo judío, hecho que ha sido motivado precisamente por la vuelta a la vida de Lázaro (11,45-53). Esta condena provoca la huida de Jesús a una región cercana al desierto, llamada Efraín, a donde es acompañado por sus discípulos (11,54). Tras unos versículos de transición, Jesús regresa a Betania, donde le ofrecen una cena en la que participan, entre otros, los tres hermanos (12,1-8). Una vez que este encuentro finaliza, el evangelio da cuenta de un dato muy relevante:

Gran número de judíos supieron que Jesús estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron dar muerte también a Lázaro, porque a causa de él muchos judíos se les iban y creían en Jesús (12,9-11).

La relevancia de estos versículos radica, entre otros aspectos, en que convierten la vulnerabilidad de la vida de Lázaro en uno de los hilos narrativos principales de la escena. Es más, la cuestión crea lo que suele designarse una “inclusión literaria”, es decir, un aspecto que se menciona al comienzo y al final de una unidad narrativa y que da sentido a la porción de texto que queda comprendida dentro. Así, la vida de Lázaro está amenazada tanto al comienzo como al final de la historia. Su existencia, señala el cuarto evangelio, es vulnerable y susceptible de muerte en todo momento del relato. Pero no solo la de Lázaro; también la vida de Jesús, de cuyo peligro es consciente el lector desde el inicio: al poco de comenzar la escena (11,7) los discípulos recuerdan a Jesús el peligro de ir a Judea, donde hacía poco los judíos tenían intención de matarle y, como ya hemos dicho más arriba, el episodio acabará con la sentencia oficial de muerte por parte de las autoridades judías (11,53).

4. Un relato con enigmas y paradojas

A nuestro juicio, nuestra narración contiene algunos enigmas y paradojas. Bajo estos términos queremos insistir en dos aspectos. En primer lugar, en algunos datos que parecen estar velados por el texto pero que progresivamente van esclareciéndose. En segundo lugar, en algunos elementos parecen ser contradictorios. Por otra parte, invitamos a los lectores de estas páginas a que se imaginen el siguiente escenario y que traten de comprender desde él la historia de los hermanos de Betania, ya que, a nuestro parecer, éste era el escenario de lectura original: una comunidad de seguidores de Jesús, que cree que Jesús crucificado ha resucitado, experimenta la muerte de uno de sus miembros y está bajo el impacto y la crisis de la ausencia¹⁰.

Una paradoja que encontramos en el relato tiene que ver con la amistad que une a Jesús con Marta, María y Lázaro. Los tres son, según el texto, personas a las que Jesús ama intensamente¹¹. Encontramos esta idea en varios lugares, de manera insisten-

¹⁰ ESLER y PIPER, *Lazarus, Mary and Martha*, 105-114.

¹¹ Para el amor y la amistad en el cuarto evangelio en general y en este pasaje en particular, ver E.A. ABBOTT, *Johannine Vocabulary. A Comparison of the Words of the Fourth Gospel with Those of the Three*, Adam and Charles Black, London 1905, 1728m-p; J.N. SANDERS, “‘Those Whom Jesus Loved’ (John XI.5)”: *NTS* 1 (1954-1955) 29-41.

te. Cuando las hermanas mandan avisar a Jesús de que Lázaro está enfermo, no usan su nombre propio sino que designan a su hermano como el amado por Jesús: “Las hermanas enviaron a decir a Jesús: «Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo»” (11,3). Un poco más adelante, el narrador insiste sobre el mismo motivo, señalando además que Jesús no sólo quiere a Lázaro sino también a sus hermanas: “Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro” (11,5). En el diálogo que se produce entre Jesús y sus discípulos en el lugar en el que se encuentran antes de dirigirse a Betania (al otro lado del Jordán, según 10,40), al explicar Jesús la gravedad de la situación, que ha conducido a la muerte a Lázaro (el texto utiliza el eufemismo del sueño aquí, algo muy común por otra parte en la literatura bíblica y en nuestra propia cultura), se refiere a Lázaro como el amigo de todos ellos: “Dijo esto y añadió: «Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle»” (11,11). Finalmente, ya avanzado el relato, tras el encuentro entre Jesús y María en presencia de un grupo de judíos que acompañaban a esta última, éstos atestiguan la estrecha relación que unía a Jesús con el difunto al presenciar su conmoción profunda y sus lágrimas: “Los judíos entonces decían: «mirad cómo le quería»” (11,36).

El relato, por tanto, deja claros la amistad y el amor que vinculan a Jesús con los tres hermanos. Por esta razón es muy sorprendente la tardanza de Jesús para ponerse en camino hacia Betania y su ausencia cuando muere Lázaro, ya que en el contexto social del momento se esperaba que los amigos se acompañaran entre sí en circunstancias adversas como éstas¹². Más aún, la narración une precisamente el amor con la tardanza, que, además, se presenta como algo deliberado y querido por Jesús: “Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba” (11,5-6). Según el texto, por tanto, precisamente porque Jesús quiere mucho a los tres hermanos, decide quedarse dos días en el lugar en el que está, al otro lado del Jordán. ¿Tiene esto lógica a la luz de los valores del contexto y las expectativas sociales sobre la amistad? ¿Qué tipo de relación está proponiendo aquí el evangelio?

Otra paradoja del texto aparece en las palabras que Jesús pronuncia al inicio. Aquí afirma que la enfermedad de Lázaro no es de muerte (11,4) pero, sin embargo, el lector descubre después que Lázaro ha muerto (11,14). De hecho, hay un dato del pasaje que subraya que cuando Jesús llega a Betania, Lázaro no solo está muerto, sino irremediamente muerto, es decir, con toda certeza¹³. En el judaísmo antiguo se certificaba oficialmente la muerte al cuarto día, momento en el que se entendía que el alma de los difuntos, que durante tres días había deambulado en torno al cuerpo inerte, se dirigía definitivamente al reino de los muertos, desapareciendo a partir de entonces cualquier esperanza de retorno a la vida (QoR VII,6; LvR XVIII,I). El detalle de la llegada de Jesús al cuarto día, por tanto, no es insignificante (“Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro”, 11,17). Entonces, podemos preguntarnos, ¿es la enfermedad de muerte o no?

La respuesta a esta pregunta depende de lo que entendamos por muerte. Para el cuarto evangelio, las realidades de la vida y de la muerte van más allá de los aspectos bio-

¹² D. KONSTAN, *Friendship in the Classical World*, Cambridge University Press, New York 1997, 1-15; 55-56; 122-124.

¹³ R.E. BROWN, *El evangelio según Juan (I-XII) I*, Cristiandad, Madrid 1979, 676.

lógicos. Hay vivos biológicamente que en realidad están, metafóricamente hablando, muertos. Y, a la inversa, hay muertos biológicamente que, en realidad, están vivos. Las cuestiones de la vida y de la muerte, según la cosmovisión de Juan, dependen no tanto del funcionamiento correcto del organismo humano, sino de la manera en la que se dirija la propia vida, de las opciones que se toman, de la esperanza que se tenga, del amor con que se ama. Es lo que se deduce, entre otros, de textos como 8,51 (“En verdad, en verdad os digo: si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás”), 10,28 (“Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano”) y más explícitamente 1Jn 3,14 (“Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte”). Pero el dicho más importante al respecto está en el texto que nos ocupa; en concreto, en las palabras de Jesús en su encuentro con Marta¹⁴: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre” (Jn 11,25-26).

De esta particular concepción de la vida y de la muerte es prototipo Lázaro, un muerto que en realidad vive, porque forma parte del círculo de los amigos de Jesús y es amado por él. Volvemos ahora a las enigmáticas palabras de Jesús al inicio: “esta enfermedad no es de muerte” (11,4). La expresión invita a mirar a algunas realidades de la existencia (de enfermedad, de muerte) de una manera distinta a la más obvia e inmediata. La vida para el seguidor de Jesús tiene un sentido más profundo al mero latido del corazón y al correcto funcionamiento de los órganos vitales.

En el relato encontramos todavía otra paradoja, en este caso en el motivo de la alegría¹⁵. En la sección previa a la llegada de Jesús a Betania, mientras permanece al otro lado del Jordán con sus discípulos, les dice a éstos: “Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí para que creáis” (11,15). De aquí surgen de nuevo interrogantes: ¿Jesús se alegra porque no ha estado en Betania para impedir la muerte de su amigo? ¿Se alegra porque su amigo ha muerto? ¿Y se alegra por los discípulos? Es decir, ¿siente alegría porque entiende que esa muerte redundará en beneficio de ellos?

Y en último lugar, un enigma o, quizá mejor en este caso, un detalle importante que está presente en el relato de manera un poco velada y que hemos mencionado más arriba. Aunque el tema de la muerte de Lázaro y su vuelta a la vida es el central en la escena, hay otro que está también presente: la muerte de Jesús. Al conocer la decisión de Jesús de dirigirse a Betania, sus discípulos ponen sobre la mesa el peligro que le acecha: “dice a sus discípulos: «Volvamos de nuevo a Judea». Le dicen los discípulos: «Rabbi, con que hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?»” (11,7-8)¹⁶. Jesús viene arrastrando desde el comienzo del evangelio un fuerte conflicto con los judíos, viéndose obligado a huir en varios momentos para ponerse a salvo. Los discípulos llevan razón: Jesús corre grave peligro en Judea y, de hecho, la resurrección de Lázaro le costará la vida (11,53). El cuarto evangelio presenta aquí un aspecto importante: hay que estar dis-

¹⁴ E. ALDAVE MEDRANO, *Muerte, duelo y nueva vida en el cuarto evangelio. Estudio exegético de Jn 11,1-12,11 a la luz de las prácticas rituales de la antigüedad*, Verbo Divino, Estella 2018, 201-205.

¹⁵ *Ibid.*, 148-149.

¹⁶ R. SCHNACKENBURG, *El evangelio según San Juan II. Versión y comentario*, Herder, Barcelona 1980, 401; L. MORRIS, *The Gospel According to John. Revised*, Eermands Publishing Company, ePub ed., Michigan 1995, 776.

puesto a dar la vida por el otro, y a vivir entregado a los demás aún a costa de la propia vida. La centralidad que esta cuestión tiene en la obra se percibe en que aparece en otros lugares: Jesús afirma estar dispuesto a dar la vida por las ovejas (“Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas”, 10,11) así como por los amigos (“Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”, 15,13).

5. El encuentro de Marta y María con Jesús

Jesús, una vez transcurridos los cuatro días necesarios para la certificación oficial de la muerte de Lázaro, se pone en camino hacia Betania (11,17) donde se encontrará personalmente con cada una de las hermanas en duelo. En ambos casos el encuentro se produce fuera del pueblo¹⁷. Estamos ante un dato central del texto. Los acontecimientos importantes de la escena se producen en las afueras, en un territorio fronterizo, en tanto que no es el pueblo como tal. En toda ocasión, además, dichos acontecimientos tienen que ver con la vida. Si prestamos atención a las localizaciones, observamos que en esta sección del relato entran en juego los siguientes espacios: el primero, la casa de los hermanos (11,19), que es el escenario del duelo, a donde de hecho se ha dirigido un grupo de judíos para dar el pésame (“consolar”) a Marta y María; el segundo escenario lo conforman “las afueras” del pueblo, lugar donde las hermanas tienen un encuentro personal con Jesús (11,20.30); y el tercero, el lugar donde está el sepulcro de Lázaro, el espacio en el que la muerte se transforma en vida (11,38)¹⁸.

Un elemento importante del relato tiene que ver con los lugares a los que Jesús va y a los que no va. Jesús no entra en la casa familiar antes de que Lázaro salga del sepulcro. Irá después, en 12,1, momento en el que se celebra la cena en la que es ungido por María. El encuentro con las dos hermanas se produce en las afueras del pueblo. En el caso de su encuentro con Marta podríamos pensar que es por voluntad de ella y no por voluntad de Jesús, ya que el texto afirma lo siguiente: “Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro”, 11,20. Sin embargo, un dato posterior parece revelar que Jesús no quería ir a la casa: después del encuentro con Marta, indica a ésta que haga de mensajera e intermediaria con su hermana, llamándola en su nombre. Esta petición se conserva de manera indirecta en el relato, a través de las palabras de Marta: “El maestro está ahí y te llama” (11,28).

El hecho de que Jesús no pise la casa familiar entraña otra paradoja: ¿un amigo muy cercano, alguien que quiere mucho a Marta y María, que quería mucho al difunto, y no se acerca a la casa a dar el pésame? En el mundo antiguo, como todavía entre nosotros hoy, éste es un aspecto muy delicado de la vida social¹⁹. Cuando

¹⁷ Para este punto, cf. ALDAVE MEDRANO, *Muerte, duelo y nueva vida*, 183-247.

¹⁸ Para los espacios rituales, ver R.L. GRIMES, *Beginnings in Ritual Studies*, University of South Carolina Press, Columbia 1995, 26-27.

¹⁹ Para el rito de duelo en la antigüedad, ver D. KRAEMER, *The Meanings of Death in Rabbinic Judaism*, Routledge, London - New York 2000; R. HACHLILI, *Jewish Funerary Customs, Practices and Rites in the Second Temple Period*, Brill, Leiden - Boston 2005; B.R. McCANE, *Roll Back the Stone. Death and Burial in the World of Jesus*, Trinity Press International, Harrisburg - London - New York 2003; L. CILLIERS y F.P. RETIEF, “Burial Customs and the Pollution of Death in Ancient Rome: Procedures and Paradoxes”: *AcT* 7 (2006) 128-146.

irrumpe la muerte hay un ritual y unos deberes sociales que cumplir. Se espera que los más cercanos se hagan presentes en el momento del duelo. Nuevamente tenemos aquí una paradoja como la del inicio a propósito de la alegría que manifiesta Jesús por la muerte de Lázaro: ¿cómo puede ser que Jesús se despreocupe de acompañar el duelo de Marta y María? Quizá encontremos una respuesta a la pregunta si tenemos en cuenta lo que consigue Jesús al no ir a la casa: que las hermanas abandonen el espacio de muerte y de duelo. Saliendo de la casa, van a iniciar un proceso de cambio, de transformación. Irán progresivamente acogiendo que la muerte biológica no es la definitiva y aprendiendo a mirar la realidad de otro modo. Este proceso de cambio tendrá un nuevo momento importante en la tumba y después, ya definitivo, en la escena de la unción.

El primer encuentro que se describe es el que se produce entre Marta y Jesús. Es un encuentro centrado en la palabra. Arranca con una expresión de dolor y de queja: “Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano” (11,21). Ha ocurrido algo que ella no quería: la muerte de Lázaro. Esta muerte ha dolido a Marta. Jesús podría haberla evitado, cree ella, y no lo ha hecho. Y se lo echa en cara. Es algo semejante a lo que muchas veces se dice, respondiendo a una imagen de Dios quizá no muy ajustada a la que nos enseñó Jesús: “pero aquí, ¿dónde está Dios? ¿Por qué no actúa? ¿Por qué no evita estas desgracias?”. Sin embargo, y pese a todo, Marta confía en Jesús y cree en él, tal y como manifiestan sus palabras: “pero incluso ahora sé que lo que pidas a Dios, Dios te lo dará” (11,22). A continuación, Jesús pronuncia una primera promesa: “tu hermano resucitará” (11,23), a la que le sigue una primera confesión de fe de Marta (“Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día”, 11,24). La confesión de Marta está dentro de los parámetros del judaísmo, pero es insuficiente desde el punto de vista de Jesús. De ahí que éste pronuncie a continuación la fórmula cristológica central del relato, en la que Marta es invitada también a creer. “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?” (11,25b-26).

Si el encuentro entre Marta y Jesús se caracteriza por el diálogo, el que se produce entre éste y María está centrado en la gestualidad y corporalidad; lo único que expresa María verbalmente es, de manera muy similar a la de su hermana, su lamento y queja por la muerte de Lázaro (“Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”, 11,32). A diferencia de Marta, María no acude sola donde Jesús, ya que los judíos que estaban con ella en la casa siguen sus pasos (11,31). Esto hace de ella mediación para que algunos de estos judíos lleguen después a creer en Jesús (11,45).

Las acciones de las que María es sujeto son las siguientes: está a los pies de Jesús (11,32) desde el momento en que lo “ve” (11,32) y mientras “llora” (11,33) en un contexto de duelo. Este conjunto de estos motivos, sobre todo las acciones de “ver” y “llorar”, remiten a 20,11-18, escena en la que María Magdalena también llora, tal y como corresponde al ritual de duelo por Jesús (20,11.13.15), y durante la ejecución de su llanto ritual, “ve” (20,18) a Jesús resucitado, descubriendo que así que Dios le ha rescatado de la muerte. El evangelio adelanta en esta sección protagonizada por María algo que nos dirá después: que Jesús sigue vivo después de muerto y que por eso todos los muertos, en realidad, viven. El cuarto evangelio distingue entre distintos tipos de

visión, utilizando verbos diversos para ello. El que aquí se utiliza (*horáo*) expresa una visión capaz de reconocer la nueva condición de Jesús, vivo tras la muerte. Se opone, principalmente, al verbo *theoréo*, utilizado en los relatos postpascuales para expresar la visión imperfecta que no alcanza a comprender (20,6.12.14). Así, tanto María de Betania como María Magdalena son presentadas por el cuarto evangelio como mujeres que, al llevar a cabo las acciones de duelo que acostumbraban a realizar, ritos que expresan y vehiculan el dolor por la pérdida, y precisamente gracias a ellos, son capaces de “ver” la nueva condición de Jesús tras su muerte en cruz²⁰. El evangelio está proponiendo que los ritos que tradicionalmente ellas llevaban a cabo, que implicaban afrontar muy de cerca la muerte y el dolor ocasionado por la pérdida, son un contexto muy propicio para el encuentro con Jesús resucitado. Las lágrimas, nos dice Juan, son junto con la fe, vehículo para el descubrimiento del milagro y de la transformación de la muerte en vida.

El relato joánico no condena la vulnerabilidad y el llanto. Por el contrario, incluso el propio Jesús se turba y llora en 11,33-35:

Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: ¿dónde lo habéis puesto? Le responden: Señor, ven y lo verás. Jesús derramó lágrimas.

Este dato es muy significativo ya que en el mundo mediterráneo antiguo, como todavía en parte perdura entre nosotros hoy, los varones que se preciaban de serlo, cuya masculinidad no quería ser puesta en duda, los varones con buena reputación, evitaban llorar el público²¹.

Por tanto, los verbos de esta sección del relato en la que se encuentran María y Jesús anticipan la resurrección de Jesús, al evocar la escena del sepulcro protagonizada por María Magdalena. Además, un poco más adelante se va a producir otra resurrección, la de Lázaro, que saldrá del sepulcro al escuchar la voz de Jesús, ordenándolo. El muerto estaba verdaderamente muerto; de hecho, incluso hay mal olor, tal y como manifiesta Marta (“Señor, ya huele, es el cuarto día”, 11,39). Sin embargo, su destino no es la muerte sino la vida. Esto es lo que va a seguir subrayando el evangelio en la siguiente escena de Betania.

6. Una mesa compartida y un gesto atrevido

La escena joánica de la unción (12,1-8) es enormemente rica en elementos, de los que nos fijaremos ante todo en dos: la mesa compartida y la unción con perfume. De la mesa participan varios comensales: la familia de Betania, Jesús y otros,

²⁰ F. MANNS, “En marge des récits de la résurrection dans l’évangile de Jean: le verbe voir”: *RevSR* 57 (1983) 10-28.

²¹ Para las emociones de Jesús en el cuarto evangelio, ver S. VOORWINDE, *Jesus' Emotions in the Fourth Gospel. Human or Divine?*, T&T Clark, New York 2005; para la construcción de la masculinidad en Juan, C.M. CONWAY, “Behold the Man! Masculine Christology and the Fourth Gospel”, en MOORE AND ANDERSON (ed.), *New Testament Masculinities*, Society of Biblical Literature, Atlanta 2003, 163-180.

de los cuales solo se menciona explícitamente a Judas, dejando el relato abierta la presencia de alguno más²².

Compartir la mesa es muy importante en nuestra cultura mediterránea; también lo era en la antigüedad. En el mundo antiguo, tanto entre judíos como entre la gente del Imperio Romano, era muy común celebrar un banquete tras la muerte de un ser querido; formaba parte del ritual de duelo²³. En algunas zonas rurales de Europa sigue existiendo esta costumbre, así como en otras culturas y latitudes, lo cual puede explicarse antropológicamente: el hecho biológico de comer es una afirmación de la vida, que precisamente está amenazada por la irrupción de la muerte. El motivo de la muerte del episodio anterior sigue estando en el aire en esta escena, al recordarse al inicio del relato que Lázaro era aquel a quien Jesús había resucitado de entre los muertos (12,2). Uniendo todos estos datos podemos imaginar muy bien que para un lector de la antigüedad no resultaría llamativo encontrarse con un banquete tras una escena de duelo.

Volviendo al hecho de los banquetes y su función social, conviene tener en cuenta que comer juntos refuerza los lazos entre los comensales, une, ayuda a vivir. Comer juntos también dice quiénes somos (lo que se come, con quién se come y con quién no, son aspectos que tienen que ver con la identidad y los propios valores)²⁴. Los que están sentados en este banquete de Betania son discípulos de Jesús. La cena se celebra en su honor (“le dieron allí una cena”, 12,2). En este contexto de mesa, María toma la iniciativa para realizar un gesto insólito: ungió con perfume los pies de Jesús y secarlos con sus cabellos. Como ya hemos indicado antes, la gestualidad y la corporalidad son características que le acompañan en Juan, y no tanto la palabra.

María coge una libra de perfume de nardo puro de mucho precio y unge los pies de Jesús (12,3). Actúa con suma libertad personal. Lleva a cabo un gesto que, tanto por lo que es en sí como por el precio del perfume, puede considerarse excesivo, desmesurado, derrochador, sumamente generoso. Se arriesga a no ser entendida o, peor aún, a ser malentendida y mal interpretada, como de hecho ocurre. El acto de ungió los pies es un gesto íntimo y atrevido. Quienes lavaban habitualmente los pies de los demás eran los esclavos (a sus dueños) y las esposas (a sus esposos)²⁵. En este caso, además, se agrava por el derroche del perfume, que levanta la protesta de Judas (12,4-5). Sin embargo, Jesús sale en defensa de María e interpreta su gesto: es una unción anticipada de su propia sepultura (12,7). El contexto aquí, como el de la escena anterior, tiene que ver con la muerte, en este caso la de Jesús. Sin embargo, el relato no se queda anclado en este punto. Va a presentar elementos que tienen que ver con la vida. María, con esta unción anticipada de Jesús, es caracterizada por el evangelio como alguien que entiende y acoge que Jesús va a morir en la cruz. Comprende y acepta el sentido de esta vida entregada. Y aparece, además, anticipando la resurrección. La mención del olor que llena la estancia (“la casa se llenó del olor del perfume”, 12,3) no es accesoria o marginal. En el sepulcro

²² Para esta parte, cf. ALDAVE MEDRANO, *Muerte, duelo y nueva vida*, 256-307.

²³ H. LINDSAY, “Eating with the Dead: The Roman Funerary Banquet”, en NIELSEN AND NIELSEN (ed.), *Meals in Social Context. Aspects of the Communal Meal in the Hellenistic and Roman World*, Aarhus University Press, Aarhus, 67-80.

²⁴ H. TAUSSIG, *In the Beginning Was the Meal*, Fortress Press, Minneapolis 2009, 56-57.

²⁵ A. DESTRO y M. PESCE, *La lavanda dei piedi. Significati eversivi di un gesto*, EDB, Bologna 2017.

de Lázaro había olor a muerto (11,39). Aquí hay olor a vida. Los olores tienen mucha relación con las emociones ya que pueden generar en nosotros, dependiendo de cuáles sean, atracción, repulsión, gozo, sensación de peligro, alegría, tristeza... Aunque, como en casi todo, el gusto por los olores es muy particular, en lo que respecta a algunos todos estamos prácticamente de acuerdo. En el mundo antiguo (y todavía hoy) se asociaban los olores malos con la enfermedad y con la muerte y los olores buenos (como el del perfume) con la inmortalidad la belleza, la salud²⁶.

Volviendo al texto, del buen olor del perfume participan todos los comensales de Betania gracias al gesto de María. Su cabello se convierte en medio para que el perfume pase de Jesús al grupo reunido que, de este modo, participa de la experiencia olfativa que tiene que ver con la vida. María, así, se convierte en mediadora para que todos logren superar la muerte, no se queden anclados en el duelo, y experimenten la próxima resurrección.

7. Unas breves conclusiones para hoy

El cuarto evangelio propone que la experiencia de vulnerabilidad ante la muerte, la fragilidad de quien está afectado por una pérdida, son vehículo para encontrarse con el Resucitado. Los textos no condenan el duelo ni el llanto. Por el contrario, los proponen como fase necesaria aunque, eso sí, transitoria. El relato estudiado exhorta a no quedarse anclado en el duelo. Las sucesivas escenas invitan a seguir hacia delante, a creer y confiar en que la vida no acaba en el sepulcro. El evangelio afirma que todos los creyentes participan de la vida eterna, que los muertos están vivos y que a los vivos toca vivir como seres vivos, no como seres “medio muertos”. La muerte enfrenta, así, no solo con la pregunta por los muertos, sino por los que todavía siguen vivos y deben decidir cómo orientar la propia existencia.

Además, Juan da una gran importancia al duelo tal y como lo llevaban a cabo las mujeres en el mundo antiguo. A este respecto son centrales las figuras de María de Betania y María Magdalena. Esto nos pone ante cuestiones importantes como el cuidado del otro, la atención a los cuerpos vivos y a los cuerpos muertos, la importancia de hacerse presente en ámbitos de la existencia y de la experiencia que escapan del control humano, que implican asumir la vulnerabilidad y las emociones, exponerse al dolor, al sufrimiento y a la pérdida, entre otros. Tradicionalmente estas tareas han sido asumidas por mujeres, pero el cuarto evangelio trasciende los roles de género y llama a todos los seguidores y seguidoras de Jesús a desarrollar una “ética del cuidado”

El evangelio propone también que los creyentes trabajen para fortalecer los lazos que les unen. Se propone así la fraternidad como ayuda para vivir las situaciones más difíciles; de ahí la importancia de comer juntos, de la comunicación, del cultivo de la amistad y el amor. E invita también a descentrarse. Recordamos aquí lo dicho a propósito de entregar la vida y estar dispuesto a dar la vida por los demás. El evangelio es a este respecto un antídoto frente a una fe excesivamente intimista que busca solo el

²⁶ C. CLASSEN - D. HOWES y A. SYNNOTT, *Aroma. The Cultural History of Smell*, Routledge, London - New York 1994, 140.

propio bienestar. Anima a la generosidad y a cierto exceso, a no temer excederse cuando se trata del amor, a no temer las condenas que puedan venir de ello.

Terminamos esta reflexión con una pregunta. ¿Tiene esta historia evangélica un final feliz? No se puede responder sí o no. Lázaro volverá a morir. La vulnerabilidad sigue siendo parte de la vida humana. Los protagonistas de esta historia evangélica son vulnerables: enferman, sufren, son perseguidos, mueren. Pero pueden vivirlo y afrontarlo porque se apoyan unos a otros y confían en que Dios está con ellos.